



# **LA CARBONERA**

## **Relatos del luchar desde las Sierras**

**Joaquín Ulises Deon Favre**



Escuchando a las gentes de las sierras, juntamos este puñado de relatos, recuerdos, vivencias y otros yuyos del luchar colectivo.

Laderas, montes, valles, arroyos y sendas nos encuentran en luchas que no son nuevas, y que nos alientan a seguir. Voces urgentes desde Kamchira, la madre sierra, que se alzan en historias raras de luchas varias para defenderla.

Las compartimos para no olvidar de dónde venimos, para no perdernos en los tropezones del bello camino.

Relatos que a veces no entran en investigaciones, ni titulares o redes sociales, sino que hablan con claridad de la vida desde donde se la vive. De los territorios donde se hacen las casas, las pircas, las juntadas, la comida y el aguante.

Relatos de la aparente parsimonia y de las potentes resistencias que nos invitan, también, a conocer mejor las preciosas serranías cordobesas, al sur del Gran Chaco.





Deon, Joaquín Ulises

La Carbonera : Relatos del luchar desde las Sierras / Joaquín Ulises Deon; Editado por Kami Chasqui Inchín. - 1a ed - Villa Allende : Joaquín Ulises Deon ; Agua de Oro : A.T.E.O -Astrónomo Turco Ediciones Orientadas, 2024.

84 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-5845-0

1. Relatos. 2. Bosques Nativos. 3. Sierras. I. Kami Chasqui Inchín, ed. II. Título.

CDD A863

Corrección literaria: Graciela “Tachi” Molina y Agustín Rojas

Arte de tapa: Imagen de Nadia Balmaceda. Collage digital hecho por el autor.

Editorial: Kami-Chasqui-Inchín -KCI- (Ediciones serranas autogestivas), Septiembre-octubre de 2024.

**Atribución – No Comercial – Compartir Igual** (*by-nc-sa*): No se permite un

uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.





# **La Carbonera**

## **Relatos del luchar desde las Sierras**

## Relatos del luchar serrano

La Carbonera, con sus manos fuertes, lleva historias de alegrías y de broncas. La carbonería, un territorio extenso donde el monte se sacó para hacer andar trenes e industrias, para forrar los pisos y paredes de edificios, para hacer andar las mineras que las Sierras se devoraban, esta carbonera es hoy relato que ni la ciencia ni los periódicos registrarían.

Con permiso, compartimos aquí fragmentos de vidas y habladurías, venidas de estos montes fuertes como su gente. Aquellos montes que las máquinas y avaricias de pocos no se llevaron gracias a las resistencias locales de sus habitantes, como las aquí contadas. Montes y luchas que rebrotaron y se encauzaron en las tierras, junto a los arroyitos de *Kanchira*, la Madre Sierra, como la llama el pueblo-nación kaminchingón, a través de la obra de Pablo Reyna.

La carbonera y otros relatos serranos nos comparten palabras, memorias y cuentos de estos territorios que nos habitan a las gentes de las Sierras. Relatos que permiten conocer este territorio rugoso, bajo y alto, marrón y verde en valles, celeste y amarillo en las cimas serranas.

Sus gentes, hechas con el monte, tienen la vivencia de lo ocurrido en cada lucha. Sus montes, hechos con la gente, tienen la fuerza de las crecidas de arroyos y la calma del

paso de las corzuelas.

Escuchar a estos pagos nos entrega memorias de quienes, con fiereza, se plantan ante mineras e inmobiliarias. Cuerpos que sabotean fumigaciones, mentes que desde el monte se alzan en voces con todas las emociones. Gentes que planean defensas del agua, la tierra; sensibilidades que se agitan en marchas diciendo:

"¡las Sierras no hagan bosta!"

En un tiempo movilizaba la falta de agua. En otro, la creciente que nos inundaba. De golpe, escuchándonos, escuchando a *Kamchira*, nos dimos cuenta: el monte escasea. Los desmontes e incendios la vida se llevan.

Ardimos como carbonera, nos alzamos como Bertilda en escuchas o en juntadas; en mingas y pachamamas demolimos nuestros saberes haciéndolos semilla, brote, manantial. Estas voces nos cuentan que siempre hubo defensas, hogareñas o colectivas, de la madre sierra.

Para luchar, algunos llamaron al Cura Gaucho, otros a la fuerza de mitos verdaderos de las Sierras. Panaholma con sus pulgas, los jotes y su bravura, moradillos, talas, piquillines, gentes inquietas y nuevas potencias de jóvenes oidores de luchas anteriores. Las voces y reclamos se alzaron nuevamente.

De allí vienen estos relatos, en las sierras los escuchamos, desde las sierras los compartimos. Voces que tenemos en común con abuelas, madres y otras gentes, al llevarlos a aulas y plazas. Al escuchar a vecinos, vecinas y parientes. Al juntarnos compartiendo historias guardadas

entre dientes.

Traemos estos relatos cargados de esperanzas para las nuevas luchas que, a veces, entre tanto despojo y violencias, parece que no alcanzan.

Traemos estos cuentos potentes y calmos para que siembren, entre piedras y arroyos, andares fecundos que transformen colectivamente hasta lo más profundo.

Kami Chasqui Inchín  
(Comunicando desde los  
pueblos serranos)

Isquitipe del Saldhán  
Invierno-Primavera de 2024

Joaquín Ulises Deon Favre

## La carbonera

La carbonera entraba tranquila por el pasaje polvoriento y pedregoso, silbando La Konga en su moto.

Solo le frenaba el paso alguno que otro churqui al que acariciaba diciéndole: “Permisooo... Vengo con leña campana para hacer sonar el horno en otra ardiente ladrilleada...”

Y el viento y sus suaves manos de hachera corrían el ramerío dándole paso hacia su rancho.

Así, cargando con mucha leña y su hacha, llegaba Gladys al paraje hermoso de su casa. Entraba al barriecito entre cortaderos de ladrillos y parvas de carbón, allá, al noroeste de Córdoba, en medio del monte en el paraje Las Lajas.

En medio de la calma del regreso a casa, justo al entrar a su pago en la motito, sintió que algo temblaba fuerte. Supuso que era un terremoto de esos que suele haber allá entre Charbonier, San Marcos y Cruz del Eje. Igual no dejó de prestarle atención al sacudón que sintió justo cuando pisaba con sus alpargatas de yute el piso bajo la higuera.

Lo primero que hizo al llegar, fue saludar al Romualdo, el burro que mascaba higos y hojas de mora bajo la morera del patio.

Detrás del árbol, junto al pozo de agua, lo encontró a su hijo Leo con la cabeza apoyada en sus moreteadas rodillas.

El Leíto, como le decía Gladys con amor a su hijo, sostenía sus cabellos oscuros con sus manos pequeñas de niño.

Sus deditos estaban cicatrizándose de las quemaduras y raspones que tenían de tanto echarle leña al horno ladrillero. Sus pestañas, al igual que sus manitas, también se recuperaban del chamuscado que le había producido el

fuego, porque con su mamá estuvieron como tres días parando un incendio que vino de un campo de asquerosos ganaderos jesumaríaenses (como lo contaba ella) que amenazaban con correrlos de su tierra.

Madre e hijo cuidaron, a fuerza de churqui mojado y rastrillazos, su casa, los animales y el trabajo familiar empezado por su abuelo y seguido por su madre y ella.

Con bronca y tristeza esa misma mañana habían ido a la jueza a denunciar el incendio. Pero más bronca sintieron al saber que ella, la misma jueza, era socia de los empresarios que habían iniciado el incendio.

El Leíto cargaba con esos dolores, además de cansancio y ganas de echar alquito a la panza. Las lágrimas habían arrastrado cenizas por su pierna, dejando surcos limpios por el llanto de largo rato. Y al oír un sollozo, su madre, recién llegada, pero abarcándolo todo, le preguntó, al mismo tiempo que le daba un abrazo enorme de mamá gigante:

- ¿Qué pasa, Leíto?

Leo arrastró los mocos con la manga y puchereando de tristeza y dolores le dijo:

- El papi me dijo que no te diga, pero yo ya me harté, no es la primera vez. Sobre que te trata mal todo el día...

- Decime, hijo, porfa.

- Andá a ver vos, Má. Si seguro que ni te escuchó que llegaste con la gilerita cargada de leña...

Leo se quedó llorando, con las mejillas negras de carbonería y con surcos claros de lágrimas.

Entonces la carbonera de Las Lajas entró zumbando, enojada, a la blanca casa que construyó cuando estaba empezando, como madre soltera, el embarazo del Leo.

Al entrar oyó un gemido y, al toque, un cuchicheo a dúo:  
-¡Viene la Gladys, rajemos!

Y por la ventana azul que daba a la casa vecina, salió corriendo Roxana, acomodándose la ropa. Roxana, una vecina nueva, amiga de los hijueputas empresarios ganaderos de Jesús María.

- ¡Ya van a cagar vos y tus amigos incendiarios!- le gritó Gladys, no sin antes abrirle la nuca de un troncazo de moradillo seco que le revoleó con puntería.

Por la puerta del fondo salió Jorge, diciendo:

- Pará, Gladys, mirá como le chorrea sangre a la vecina. Yo te puedo explicar...

En ese momento, se sintió un segundo temblor.

-¡V O S T E Q U E D Á S A H Í!

La voz retumbó en el vecindario y en las paredes del cortadero.

La carbonera se volvió hacia la moto Gilera, añeja y destartalada por el traqueteo y las cargas en las sendas serranas, y agarró su herramienta de laburo, el hacha.

Lentamente se volvió hacia el hombre.

- Mirá, Jorge, vos sos un vividor, un sorete y un violento. Me cansé. Apareciste el año pasado haciéndote, de golpe, el padre preocupado después de que te quedaste sin casa culpa de los culiadasos esos que se quedaron con el campo de tu viejo. Te dimos casa con tu hijo después de que negaras por años que era hijo tuyo. Me tuve que bancar que me pegaras y que me insultaras, cuando lo único que sabés hacer es estar chupando vino y cerveza. ¿Y ahora esto? ¿Te olvidás que lo que pasó con los ganaderos esos de Jesús María es lo mismo que le pasó a tu bisabuelo cuando llegó el tren y a cambio de que pase el ramal por tu campo se quedaron con casi toda su tierra? Y ni que hablar con el monte. A cambio de unos vinos tu viejo hachó todos los quebrachos para esos empresarios franceses que solo dejaron destrucción y un nombre de

incendio y muerte al pueblo entero. Ni sombra les quedó. Lo último se lo regalaste vos a esa conchuda: ¡ni dignidad te queda!

Cerrando una cagada a pedos (reto largo) monumental, Gladys elevó lentamente el hacha con las dos manos. El hacha, su herramienta de trabajo, su sostén.

De golpe, un silencio total, como el que queda tras un incendio en el monte.

Y sonó un cachetazo. Y otro, seguido de otra cagada a pedos que hizo arder aún más la carbonería y el cortadero.

-Ni el chupi, de tanto alcohol que te da esa conchuda, ni lo culiadaso que sos, me va a dejar sin casa ni familia, ¿sabés?- le escupe Gladys.

Y vuela un hachazo, que se clava en la morera.

El Romualdo despide a Jorge con un patadón en la espalda. Los tientos del hacha, arreglada con una cámara de bici y alambres, quedan bailando al son de una despedida definitiva.

Todo Charbonier oye el hachazo que a nadie mata, pero que sí marca el basta. Como también marcó a Jorge el cachetazo y la puteada que se comió.

- ¡Andate por culiau!- le dice el Leo, llorando entre sus gambas, a modo de un adiós descargador de broncas y tristezas acumuladas.

La ruta nacional 38 enmudece. Al toque, un nuevo caminante cabizbajo y que cree llorar pero solo tiene las mejillas ardientes del cachetazo, busca quien lo lleve a un viaje sin destino.

Gladys, sin poder bajar la altura de su enojo, se fue al lado del horno de ladrillos que alimentaba el Leo. Agarró una maza de 5 kg, de mango de quebracho hecho por su mamá sesenta años atrás, y empezó a romper a mazazos toda la casa que había construido diez años atrás.

Tiró primero las columnas del sur de la casa, las de la ventanita azul. Las que sostienen la pieza que ya no es matrimonial. Que nunca fue matrimonial.

El sonido de un enorme temblor corre por Las Lajas, Escobas y Carrizal. La carbonera está tirando la obra de su vida.

Callada, la carbonera da mazazos enormes como su tamaño. Su hijo llora pero a la vez sonríe. Siente que su mamá está más libre, aunque le entristece su estar en el mundo. Piensa en todo esto, sentado al borde del pozo oscuro y lleno de agua fresca, en aquella tarde ardiente de este rinconcito del Gran Chaco. El temblor de la caída de la mitad de la casa, lo hace estallar en más llanto.

Se tambalean los ladrillos que le hacen de asiento al filo de la boca del pozo.

La casa se desmorona, tumbada al fin. Gladys corre por su hijo para evitar que él caiga. Lo abraza. Lloran. El pozo los sostiene. Viven.

Al sentir el derrumbe y este último temblor, Jorge se salió de la banquina y le apuntó al Urquiza de dos pisos que venía, deseando que lo llevara a la tumba más destrozado de lo que creía sentirse. Solo se ganó una enorme puteada del chofer y de todos los pasajeros.

Lo dejan seguir por el borde de la ruta. Le dejan una carga extra: más tristeza, más libertad y culpa.

De culiar y creerse el vivo a querer matarse por pelotudo. Así lo recuerdan en estos pagos serranos.

Finalmente Jorge, harto de perder, se tiró a la vía del tren donde estaba el campo de su bisabuelo. Nadie supo más de él. Solo se conoce que el tren ya no pasó más y que allí donde se tiró hoy crecen nuevos quebrachos que algún día, ya secos, alimentarán la carbonería.

En cuanto a la media casa destruida del paraje, ahí está,

derrumbada, dándole las espaldas a los empresarios incendiadores.

Para apagar los fuegos que amenacen, un lavarropas lava culpas, broncas y da claridad a esta nueva vida.

El fuego del hogar, el que da alimento y trabajo familiar, en los hornos, cocina los ladrillos de la casa que Leo y su mamá construirán junto al pozo.

Su agua fresca les brinda una nueva vida a la carbonera y a su hijo, serranos luchadores que en la diaria resisten al despojo.

## Jotes

Desde los ocho años íbamos con el papi a la obra. Él era albañil y nosotros llevábamos ladrillos, de a uno o dos, a la torre de la iglesia o a los nichos del cementerio Santa Inés, allá en Villa Allende. La familia siempre trabajó de albañil para su amigo el cura Cacho Mariani.

Un día el cura le dijo al Papi:

-Si viene el Ale o la Nona, deciles que necesito me ayuden porque creo que unos jotes han dejado abandonados unos huevos con pichones después de la tormenta.

Nosotros fuimos, subimos con el cura a la torre del campanario y ahí el Cacho nos señaló a dónde había visto el nido. Para él era importante que los jotes siguieran allí. Para nosotros también.

Es que a nuestro abuelo, que era de Traslasierra, lo conocían como el Indio Jote, porque además de ser indio siempre andaba con uno o dos jotes que lo acompañaban a las reuniones anarquistas en Villa de Las Rosas, al boliche a Villa Dolores, al registro civil en Nono y hasta cuando iba en la bici de Traslasierra a Córdoba o a Cosquín a hacer algo por varios días.

-Y como nosotros, de chicos, vivíamos en el monte, los jotes siempre estaban en casa. No sé si por el abuelo Rodolfo o porque los cuatreros acostumbraban a tirar el hueserío cerca de casa. En fin, me fui- cuenta el Moncholo, otro celador de sueños serrano, mientras habla con los estudiantes en la escuela.

Volviendo al tema, le hicimos caso al cura Mariani y subimos a ver el nido. Llegamos justo cuando los jotes bebés estaban rompiendo el cascarón.

Le gritamos al cura contándole del nacimiento.

- ¡Después los bautismo!- nos respondió riendo, y seguido nos dijo que les pusiéramos una mantita que nos revoleó. Además pidió que les diéramos carne molida y mondongo hervido que había quedado de la fiesta patronal. Le dio la orden a José Bepo de que con la roldana y la piola nos pasara la comida en un balde. El Bepo obedeció al instante y, a los minutos, los jotes ya comían loco.

Al rato cayó la mami, doña Bety, y con el Cura nos dijeron que no los tocáramos, para ver si vendrían la madre, el padre o algún tutor. Ambos reían en la escalera.

Pasaron tres días y no vinieron los progenitores.

Al cuarto día, viendo que se venían días frescos, decidimos bajarlos y llevarlos a casa.

Los cuidamos junto con las gallinas, hasta que empezaron a crecer.

A los cuatro meses ya eran altas gallinas que se querían comer los pollitos. Las gallinas ni entendían qué cosa eran esos bichos altos, grises tirando a negro, y que ya empezaban a aletear con unas alas grandes.

A los ocho meses, la Mami nos sacó cagando con jotes y todo porque le quedaban solamente ocho pollitos de los cuarenta y cinco que había desde que llegaron los jotes.

Entonces, los subimos al techo.

Peor.

Al atardecer y al medio día se largaban en picada cuando la Mami les daba de comer a los perros.

Así el Batuque, el perro de nuestro hermano menor, se quedó tuerto en un vuelo rasante de los jotes hacia un osobuco sin caracú, sobra del puchero que acabábamos de almorzar.

Empezamos la secundaria en El Paula y los jotes ya volaban. Andaban siempre por arriba nuestro, entre los

cien y los dos mil metros de altura.

Pero cuando veían que teníamos recreo y sacábamos algo de comer... se lanzaban en picada al patio, se paraban en el mástil ese de afuera y hasta que no les dábamos algo no paraban de picotearse entre ellos, emocionados.

Era todo un show, hasta que de la emoción pasaban a la parte asquerosa de que se cagaban encima de los demás estudiantes desde arriba del mástil. Así que, de merienda, teníamos que llevar pollo hervido, alguna paloma cazada por gatos, comadreja atropellada, achuras y todo lo que fuera de carne para que los jotes comieran en el recreo y no les picotearan la comida a nuestros compañeros o les hicieran caca encima.

Eso sí, cada vez que nos quería pelear en la calle alguien o que la cana nos quería alzar en aquellos tiempos del golpe militar, los jotes aparecían desde lo alto y nos protegían bajando en círculos, así que nadie se metía con nosotros.

Un día los jotes empezaron a ponerse más violentos. Es que hacía poco los milicos y la municipalidad, intervenida por ellos, habían permitido una curtiembre frente a casa. Así que se ve que al picotear los cueros curtidos con vaya a saber qué químicos tóxicos, los jotes se pusieron locos y empezaron a morder a los perros, a los vecinos y a la gente de la curtiembre.

Y no da justo que en aquellos días un grupo grande de vecinas y vecinos unidos en la Asociación Para la Protección del Ambiente Serrano (APROAS como le decíamos) hicieron una protesta grande con una marcha con cientos de personas congregadas en la curtiembre. Reclamábamos que se cierre esa fábrica que estaba envenenando al pueblo.

En fin. Los jotes se hicieron presentes. Ellos, allá como a

700 metros sobre la marcha, y nosotros acá abajo. Éramos como una sola cosa. Y cuando vino el intendente milico con el empresario, uno con su boina militar y el otro con su sombrero súper curtido y bonito y empezaron a matonear a la gente, los jotes se lanzaron en picada, les tiraron y cagaron los sombreros y le pelaron el bocho a picotazos.

Todos decíamos que ese comportamiento de los jotes era culpa de los químicos de la Curtiembre Monitora S.A.

Pero solo nosotros, con mis hermanos, sabíamos que los jotes olían en esos viejos asquerosos su carne podrida y se los querían devorar.

A los meses, la curtiembre cerró para siempre. Con la Mami, sus vecinas y amigas Mabel, María Rosa y con el cura festejamos que el pueblo dejaba de estar contaminado.

Los jotes, ya adultos, al Cerro Supaj Ñuñu se volaron. Los milicos, aunque habían prometido matarlos, no llegaron a cazarlos.

La lucha parecía desigual, pero... no cualquier lucha tiene la ayuda de los dioses del cielo. Nosotros la tuvimos, ¡gracias, jotes!

## Bertilda y Carabajal

Florida y larga pollera, contra el pircado y bajo el sauzal, Bertilda, hermosa serrana, esperaba bien calzada a los empresarios pasar.

Don Carabajal la secundaba, agachado tras el trincenenario pircado. Machacaba yuyos en el mortero con un palo, como para calmar la bronca que cargaba. Igual que su compañera, el don calzaba algo más que su largo facón. Ambos mascaban menta-peperina, como para suavizar o mentolar la ocasión.

Estaban juntos en pareja desde jóvenes. Ondulados cerros los cobijaban. Atrás quedaban infancias subiendo lomas. Adelante toda una lucha contra los poderosos que los despojaban.

Es que la infinitud de la serranía venía siendo acaparada, mineros e inmobiliarios estas húmedas nacientes de agua codiciaban.

Los malditos empresarios a sus cipayos mandaban. El agua de los pozos envenenaban. Con sus vehículos deportivos el ganado familiar atropellaban. Con sus rifles a los animales de las casas también los mataban. Los montes a incendiarlos mandaban. Alambraban ríos y caminos y las gentes sin sus tierras se quedaban.

Empresarios y escribanos de todo se apropiaban.

Días atrás, frente a la casa de la pareja, esvásticas y amenazas estos desquiciados dibujaban.

Bertilda y Carabajal ya se hartaban, pero a dejar su casa se negaban.

Por eso se prepararon para meterles una frenada.

Aquella mañana ensayaron las posiciones. Bebieron mate con ruda para despertar el coraje y anticipar una disculpa. Se pusieron aprestos tras los sauces, el molle y el

pircado.

Esperaron el polvoriento traqueteo de la camioneta importada y cuando se aseguraron de que eran ellos: DISPARARON.

Nadie vio nada, ni siquiera Bertilda y Carabajal se asomaron barranca abajo.

Esperaron las silenciosas horas de la muerte.

Al Andy, el empresario, y al escribano, su socio, los acribillaron.

Los jotes por semanas volaron. Camín y Coscoína, desde lo alto del Supaj Ñuñu, el territorio vigilaron. Los alimentos a los jotes no les escasearon.

La carne podrida de los empresarios los jotes por meses carroñaron.

Desde aquel día no hubo más incendios y las polleras solo calzaron fiestas donde hasta las flores bailaron.

De voces serranas llega esta historia que, desde el Chiviquín y La Hoyada, los arroyos en sus crecidas transportaron.

## Don Rubio y los Negritos

Don Rubio me ha ordenado dejar el monte pelado...

Don Rubio me ha ordenado que cuide su ganado...

Con fichas me ha pagado, para comprar la yerba y  
harina en su caro mercado...

Quiero curarme mis males, ya no soy un esclavizado.

Pero Don Rubio es mi médico, qué mal que me he curado.

De nuevo me da una ficha, esta vez para curarme,  
me dice el desgraciado.

Cómo encontraré cura alguna, si es el dueño de todo,  
hasta de la farmacia, la ambulancia y el vecindario.

Tiro las fichas de paga al monte. Nos hemos hartado.

Llamamos con mi negra al vecindario. Nos plantamos  
ante el Rubio, la esclavitud en este siglo XX ya ha  
terminado.

Don Rubio guacho me la ha retrucado. Las chapas del  
techo del paraje nos ha sacado.

Tras la protesta que hicimos en el pueblo, sin hogar nos  
hemos quedado.

Ha amenazado a mi negra. A nuestros negritos. Y a este  
negro serrano que está recontra enojado.

Y eso que en aquel entonces nos creíamos sin cadenas  
ni tablas.

La esclavitud siguió hasta hace poco en las Sierras, se los  
dice con voz fuerte quien aquí hoy les habla.

Que se pudra Don Rubio, la Aceitera, su empresaria  
socia, la Abogada y el Escribano. Ellos quieren todito para  
ellos cuatro y que se cague el vecindario.

Brotarán montes de nuevo en nuestra casa frente al  
arroyo. Por ahora los negritos nos marchamos juntos, el  
horno no está para bollos.

Décadas han pasado de aquellos embrollos.  
Ya ha muerto el maldito Don Rubio. Pero aún buitrean  
sus lacayos motorizados.  
El monte ha regresado, dejando los cerros más bellos.  
Volvimos a él para cuidarlo, pues en él este negro y  
negrita, desde jóvenes, se han amado.  
Los negritos vuelven a la tapera, a recordar su lugar en  
las sierras. A hacer memoria colectiva para no volver a ser  
esclavizados.  
Encuentran las fichas tiradas. Las piedras, formando  
pircas, siguen allí apiladas.  
Corrales pequeños con ecos de risas.  
Que el monte siga habitado, nos susurra una brisa.  
No como quieren pocos, el monte para ellos, y que se  
cague el resto. ¡NO!  
Los negritos vuelven a las Sierras.  
La tierra florece entre piedras. Piquillines endulzan las  
sendas. Pastor Cortez perfuma de historias la cuesta.  
Mateando entre peperinas, hacemos memorias de  
monte, con su gente, desde la escucha.  
Que cante una curucucha, que celebre un benteveo.  
Volvemos los negros al monte, festejando con un cabriteo.

## Los Inchines no han sido callados

Moyano, Torres, Reyna, Gonzalez, Sánchez, Loza, entre otros, son los apellidos que el español nos ha dado. Este no fue un premio, menos aún un halago. Nos quitaron lo que compartíamos con la vida, lo nuestro, la tierra, el monte y los arroyos que tanto hemos amado. Lo hicieron aunque siempre hemos reclamado.

Caminchingones, sanavirones, vivimos en las sierras y las defendemos con apellidos ajenos. En el fondo de La Reducción se guardan las parideras de nuestras hermanas y hermanos.

Abelino González, las gentes te recuerdan, brujo que das vida a las sierras, vuelve a renacer a los serranos.

Paridera hospitalaria de caminchingonas escapadas de La Toma, la casa de Abelino sigue ahí enclavada. La custodian aromitos, tuscas y pajas bravas, la refresca una acequia hermosa, partera de un nuevo mundo esta casa con su gente serrana. El Gran Ombú, empresa minera despiadada, amenaza con tirar esta casa hace poco patrimonializada.

Marchemos por Abelino, aquellos partos y madres que no olvidan a esta casa bicentenaria. En ella los nombres renacen de una herencia milenaria.

Caminchingones, sanavirones, bailan en su patio entre piquillines y cuestras. Queriendo arroyos y estrellas, titilan luces de fiestas. Entre pircas y vizcacheras renace la vida serrana nuestra.

Isquitipe, Salhán, Animi, Ascochinga, Ministalalos, Topocayas, Chiviquines.  
Con Abelino renacen los Inchines.

## Pituco, altar de cerros

Sin más dientes que los dos que le tambaleaban en el frente de su boca, él hablaba gustoso, feliz, añorante de la Escuelita de San Fernando... Su casa de niño, su casa de grande.

Paraje forjado a pico y apilado de piedras, en lo alto de las Sierras Chicas, entre Villa Allende y Cosquín, al otro lado de la Cañada de Los Liones.

Allí vivía Pituco Loza, el serrano más piola y pintón de las Sierras. No como su gran amigo el Ángel, roñoso y hablador, como solía gustarlo.

El descanso en su casa era hermoso, menos al posar la cabeza y cuello en su almohada. Rellena de pelo de caballo, en la noche pinchazos asquerosos nos daba.

Don Pituco y sus amigos cuidaban celosos un cuadradito en las Sierras.

En su patio, entre talas añejos, asomaba un cubo de cemento.

Frente a él, un galpón enchapado, paredes de piedra y barro, revocado con adobe y cal. Eran las viejas aulas.

Cual altar de cerros, aquel cubo de cal y piedra ya no sostenía el mástil de la escuela, sino que era el atrio del pajonal. Un escritorio del aula que son estas sierras, donde la pizarra es el paisaje, sus pircados y cada paraje.

Allí se guardan memorias de encuentros entre "liones"- como el serrano llama al puma- y personas. De abrazos entre amigos, de la fuerza serrana de donde venimos.

Pituco, abrazado a don Ángel, contaba cómo la escuela unía al paraje en cada comida, en cada carneada y en las clases.

Contaba cómo el silencio y el viento en los talas era parte del lenguaje. Lloraba narrando juegos de niños, ahí

donde no había miedos, ni incendios que los desplacen.

Reía y hacía reír, dejándonos alegres a todos al despedirnos. Nuestros rostros recuerdan felices aquellos paisajes de risas, como los cerros vistos cabeza abajo que se parecen a infinitas sonrisas.

## Asamblea entre morteros: ojos al cielo

Las Sierras Chicas son algo que tiene una historia laaarga... más larga que los 67 km que separan Ascochinga de La Calera... Pero quién mejor que las personas adultas mayores de las Sierras reunidas para contarlo...

De algún lado han venido los conflictos por el agua, la tierra, el monte y de algún lado venimos quienes nos unimos para luchar e intentar revertirlos.

Para entender, tal vez debamos oír el golpeteo del mortero, el sonar de un cuenco y su metal, el rasgido sonoro de las notas de una guitarra, o las carcajadas de niñas y niños llevadas por el río en su andar.

O quizás mirar el cielo surcado por golondrinas, o una bandada de benteveos picoteando al carancho que su nido quiso molestar.

O, a lo mejor, prestarle atención a Rogelio Salas que cuida sus plantas nativas en el barrio de la ciudad, al Oreja Deon que sin prurito lo reta al ex intendente y legislador Ambort por dejar entrar a la minera a Villa Allende, a la Merchu con su voz ronca de tanto enojo y gritar contra Salibi, o al Comodoro poniéndole el pecho y el apoyo a un auditorio que dice “al dique en el Carapé no lo harán”.

Instantáneas como estas hay muchísimas en las Sierras; momentos de los vaivenes de la historia que hemos recogido y unido aquí en el relato de una Asamblea de vecinas y vecinos movilizados en defensa del agua, el monte y la tierra.

Acercate, pispiá (mirá como decimos acá), sumate y participá de lo que ocurre en estas juntas... Acá te traemos un momento de una asamblea que podría haber ocurrido para que te inspires a luchar. Allá vamos!

Don Alberto Assadourian se había propuesto un nuevo desafío en ese cotidiano escribir, indagar y charlar horas con los viejos más viejitos de las Sierras. Don Assaudorian se había propuesto investigar unos pocitos perfectos hechos en las piedras, entre los múltiples churquis o junto a los mansos, pero en verano bravos, arroyos de las Sierras.

Don Alberto sabía que los caminchingones y los sanavirones, esos pobladores de las sierras y del pie de monte, los habían hecho para moler de todo un poco.

Pero en una mañana de esas tantas que te regalan los cerros cuando se ponen azules al abandonar la noche y recibiendo los primeros rosa-naranjas rayos de sol, don Alberto decidió irse a sacar una gran duda que había llegado a sus ojos desde las palabras de un librito, amarilleado en sus hojas antiguas, escrito por Aníbal Montes. Este librito decía, en una de sus páginas, después de un mapa hecho a mano donde ubicaba los morteros que conocía:

*“Me lo contó el Topocayas de las Sierras: los morteros son los ojos de la tierra mirando al cielo. Y desde que esto llegó a mis oídos dicho por los habitantes serranos, la duda me quedó picando, como me dejó picando la piel el orcomolle bajo el cual charlábamos”.*

Si bien don Aníbal Montes no pudo sacarse la duda que le generó el dicho del abuelo Topocayas, sí dejó algo bien en claro: “Haré todo lo posible con los pueblos nativos, que son anteriores al Estado Argentino, para recuperar esta memoria que la colonia cree haber destruido, haré todo cuanto de mí dependa para que cada mortero, cada cueva, cada alero, cada pirca, cada palabra y cada huella caminchingona y serrana siga en pie con la gente y sus

territorios en los que lucha.”

Don Alberto, desde que leyó todo eso en aquel añejo escrito de 1950, quedó muy inquieto. El mortero, al parecer, no era solo la boca para preparar el alimento, sino que también era los ojos de la tierra y de los pueblos que los utilizan. Así, con sus propios ojos cargados de brillitos de dudas y aprendizajes, encaró un nuevo desafío: decidió buscar a las y los habitantes serranos que aún tienen sus lugarcitos de encuentro en los muchos pagos de Sierras Chicas y Punilla.

Esa mañana, cuando las sierras ya bramaban del pajarerío celebrando el arranque de la jornada primaveral que se arrimaba, cuando el rosado de los cerros ya le daba su verdor para el día arrancar, don Alberto salió desde lo más al sur de esta región serrana: los límites entre Córdoba, Calera y Saldán.

Y decimos este sur, que también podría ser el norte, o el este o el oeste, pero fundamentalmente decimos este sur porque desde abajo arranca este encuentro de arenas, este encuentro de aguas, que es el Saldán, que es la unión del Quisquisacate con Bamba, del Suquía, el Saldán y el Isquitipe.

Decimos “este sur”, porque, para don Alberto, siempre se parte desde un sur. Este sur que lo lleva a él al encuentro. Don Pituco Loza lo recibe primero, asado de por medio con la Deonada. Charlan de todo- y por demás huevadas-, y justo cuando don Pituco tiraba puteadas al desmonte de las canteras, a las motocross, al enduro y otras giladas, justo ahí es cuando don Alberto le pregunta por el mortero:

- ¿Qué sabe, don Pituco, de los morteros?
- Los usaban para moler algarroba, chañar, tusca, maíz, uff... qué es lo que no molían -le responde Pituco,

mientras se va yendo, a las chuequeadas, hacia el río, por una espina de tala clavada en el pie que todavía no se ha sacado.

Tras caminar un trechito hacia abajo, ya llegando al arroyo, grita:

-¡En San Fernando tenemos morteros negros, venga y vea, don Alberto!

Arrimándose tranquilo, pero enfiestado -de la curda y la gastada con la Deonada, pero también de la emoción de ver otro mortero-, medio tropezando y en calma pero con cuidado, esquivando el tala que quizás es el que ha lastimado a Pituco, don Alberto llegó al arroyo y lo vio a Pituco, sentado como indio, con un palito en la mano y diciéndole al mortero, por lo bajo: "Permiso, te voy a limpiar".

Le sacó primero un poco de tierra, agua con barro y bichitos que tenía el pocito en la piedra negra. Se paró a buscar agua del arroyo, y limpió el mortero perfectamente.

Después buscó entre los churquis una bolsita de cuero atada con un hilito de paja brava, y buscó también otra bolsita parecida, pero con algo adentro que parecía macizo, también envuelto en cuero. Abrió la bolsita, vertió en el mortero unas vainas de tusca, abrió el envoltorio macizo, y sacó una piedra grande y larga.

-Esta es la manito -dijo.

Hizo una pausa, casi ritual, de segunditos, y comenzó a moler. Cada vez que golpeteaba y que crujían las vainas de la tusca, hacía un ritmo como de tambor y maracas sonando al mismo tiempo.

Y como por arte de magia, a los pocos minutos, empezaron a percibirse sonrisas, charlas, zapateos, notas de risas que el arroyo traía. Y comenzaron a salir del monte otras personas, hombres, mujeres, niñas y niños,

jóvenes que tomaron sus bolsitas de cuero, sacaron otras semillas, vainas, yuyos, y para ablandarlas a golpe de mortero liberaron las duras manitos de piedra.

Comenzaron a moler al compás y con ritmo:

-Sucm, shra, suc, shra, suc, shra. Suc, Suc...

Don Pituco era el viejo más viejito de allí, y nos volvió a decir, mientras el ritmo era llevado por el arroyito:

-El mortero es esto. Y es también los ojos de la tierra al cielo... Algún día llenalo de agua... y esperá. O quedate con nosotros y hoy lo verás.

Don Alberto se quedaba con más dudas, pero ya tenía una certeza: eso no lo podía entender solo, tenía que vivirlo y disfrutarlo compartiendo. Don Alberto se regocijaba con lo que aprendía y, por eso, allí se quedaría, ya que Pituco y sus amigos le dijeron que habría una juntada.

En un momento los suc, shra, suc, shra de las manitos y morteros frenaron.

Don Pituco sonrió, pegó un grito como un sapucay y, con su voz, que siempre supusimos similar a la de Manuel Belgrano, gritó:

... ¡Que comience la Juntada Serrana!!!...

Después se acercó a don Alberto Assadourian y le dijo, por lo bajo:

-Hoy tenemos Juntada.

Y aclaró:

-Es que, a cada reunión, para evitar quilombos, la tenemos que arrancar con algo que nos haga calmar y largar las broncas, sentirnos bien con lo que hacemos, donde vivimos y también con lo que defendemos, vivimos y cuidamos: el monte, la casa de todas las gentes que

vivimos acá, el agua, la tierra. Hoy propusimos que la Juntada arranque con los morteros, haciendo patay para comer, harina de tusca y chañar, y música para bailar...

- Qué bueno- exclamó don Alberto.

- Sí -asintió Pituco, y agregó: - Queríamos que esté usted para ayudarnos a contar la historia de tantos problemas que tenemos en las sierras.

El lugar de la Juntada no era cualquiera. Era una de las primeras escuelas rurales de las Sierras, un lugarcito pequeño donde se unían todas las fronteras borradas de las nacionalidades de inmigrantes europeos, paraguayos, peruanos, bolivianos, de otras provincias, de los indios... Un lugar donde la educación se usaba para trazar otras nuevas fronteras, las de los municipios y comunas, la del encuentro entre las familias...

A la escuelita de San Fernando se llegaba a pie o a caballo, igual que a las escuelas vecinas de las Sierras como la de Bamba, la de La Mesada, la de Cabana, la de Los Quebrachitos, la de Ñu Porá, la de El Pueblito, la del Algodonal en Agua de Oro, la Pablo Rueda en Ascochinga.

De todos estos pagos iban llegando los ex-estudiantes, hoy adultos mayores. Uno a uno, a las chuequeadas, iban entrando abuelas, abuelos, viejitas y viejitos solteros acompañados por conocidos o familiares. Iban a lo de don Pituco a la asamblea de serranos.

Don Rosel, un viejo viejito de las Sierras de la zona del Chavascate, que llevaba unos anteojos pequeños pero que veía perfecto a la distancia (también gracias a su tamaño ya que era flaco y muy alto) fue quien guió toda aquella jornada allá, en San Fernando, en ese patio al que don Pituco llamaba "el atrio del pajonal".

Don Rosel arrancó dando las bienvenidas y

agradeciendo a las decenas de personas “que desde el norte alto, hasta el sur bajo, desde el este llano y soleado, hasta el oeste serrano y abrazador, se habían llegado al atrio del pajonal”. Un atrio que era un pequeño cuadradito de ladrillos, piedra y cal, con un huequito para el mástil, un atrio entre medio de cerros y talaes. Un atrio junto al arroyo y la acequia, a más de 1000 metros de altura, donde se unen niños y grandes, bajos pajonales y altos mollaes.

En ese lugarcito alto de las Sierras, Rosel aclaró que lo que hacían era para seguir uniendo cada una de las luchas para solucionar, entre todas las gentes serranas, los problemas que sufre la región. Este territorio hermoso que los hermana en cerros, en morteros, en arroyos y en problemas. Fue en ese momento cuando pidió a las personas presentes, una a una, que contasen por qué habían llegado hasta aquí.

Pituco tomó la palabra primero y dijo:

- Gracias por estar aquí. Nos encuentran en este lugar los tiempos que corren que, a toda prisa, nos inundan de decisiones tomadas por pocos. Tiempos en que nos tratan mal o no nos dejan participar por viejos. Tiempos en que usan mucha tecnología creyendo que solucionan el mundo con ellas, pero que dañan mucho y a muchas gentes.

Nos une el amor al monte, sus paisajes, sus senderitos, el encontrarnos de casualidad con corzuelas, gatos monteses, zorritos. Nos encuentra aquí el tejido del necesario encuentro, la fuerza de la manito que se descarga en el mortero. Nuestra voz temblorosa pero fuerte, diciendo cuidemos este monte, estas sierras, esta agua, nuestra historia, para estar sanos. Aunque nos quieran desmontar hasta el alma, seguimos como una fuerte y enorme pirca aquí, porque nos tejimos con los

hilos de la diversidad que somos. Nos acercamos del Saldán al Chavascate, del Tackú al Tiú Mayú, de la Mendiolaza Viva al Isquitipe, del Unquillo hasta Salsipuedes. Porque de acá nos vamos a ir sabiendo que la salida a todo mal es colectiva. Nos conocimos porque ya antes otras gentes se conocían, porque algo desde antes ya nos habían dejado. Estamos porque las sierras y nuestras familias aún compartimos patios, arroyos, sombras e historias.

Doña María Rosa esperaba con la mano levantada. Daba afirmaciones con un sí de rostro y de subibaja de cabeza a cada palabra de Pituco. Ella llevaba desde los años 70' una carga de luchas que le ganaban a cualquier boxeador: se había bancado a los terratenientes Cárdenas y Holik y al intendente de la Villa en su propia casa increpándola para que no denunciara los negociados del basural, la curtiembre y las lagunas de sangre del frigorífico local. Para que dejara de denunciar el desmonte y los desvíos mineros del arroyo. Se había bancado, como arquitecta, las decisiones de decenas de congregaciones religiosas que querían que les diseñara su convento, pero que le pedían que contratase máquinas para sacar todo ese "monte de mierda y espinoso", como recuerda siempre que le decían los curas, y que lo reemplazara por árboles y arbustos traídos de Europa. "Yo no europeizo el monte, las Sierras se quedan acá, no se vuelven sierras de Europa", contestaba ella.

Se había bancado cada insulto que en la calle le daban Ambort o Heriberto. Todavía puteaba por lo bajo el recuerdo de esas experiencias, pero en el fondo guardaba el regocijo colectivo de haber echado con una marcha vecinal y los jotes de los Deon a la Curtiembre Monitora S.A. Y también el de parar el desmonte para producir tierra

negra para los primeros countrys y canchas de golf de la elite. Y celebraba el cierre del basural que contaminaba a Saldán, el del Crematorio y tantas otras luchas ganadas. Pero, ahora, ella aguantaba con la mano en alto y, cuando Pituco terminó de hablar, Rosel, con un temblequeo en su voz de viejito serrano, dijo:

-María Rosa, como te la bancás, te toca.

Y María Rosa arrancó:

-No es poco lo que aquí nos encuentra, pero sí quiero destacar algunas cosas que son las que nos vienen tejiendo en una red humana cada vez más grandecita: los Tulián, las familias Reyna, Arguello y tantas otras familias de las Sierras identificadas o no con lo caminchingón; lo que rescató Antonio Serrano, don Menseguez, las maestras rurales: Eloisa Paigés, Silvina Ocampo, Mabel, Lucía, Marta y tantas otras y otros. Una historia riquísima, una historia de *kami-chasqui-inchin*, de antiguas gentes pobladoras, luchadoras y comunicadoras de los pueblos de las sierras.

Y sigue contando María Rosa:

-Ellos aportaron mucho para reconstruir parte de la memoria de la región, de personas, pueblos y prácticas ancestrales que tuvieron caminchingones y sanavirones. Ellos, con otros viejos y viejas como nosotros que los conocimos, sabemos de sus logros y sus resistencias. Miren, che, si acá hablamos de una región o de un corredor serrano, lo hacemos porque nosotras y nosotros unidos hemos logrado recuperar, desde nuestras asambleas, esas cosas que en las comunidades los comechingones enseñamos. "¿Y qué nos dejaron?", dirán ustedes. Nos dejaron este paisaje, la memoria, en sus cuevas, en sus aleros, en sus morteros, nos dejaron los

nombres de los pueblos, sus corrales, sus pircas, sus historias, calendarios y mapas en las rocas, pero, fundamentalmente, nos dejaron la memoria más fuerte de un pueblo: sus resistencias. Sí, estas personas resistieron desde Ongamira hasta Bamba, desde Traslasierra y Panaholma hasta el Cerro Colorado, Tulumba y Caminiaga. Resistieron a la conquista del español, pero también a la del Inca, a quien en 1523 recibieron y guerrearon, pero con quien terminaron compartiendo tecnologías y costumbres útiles para la Gran Resistencia Colonial. Chalimín, los Reyna y los Tulián siguieron esa resistencia y la contagiaron, y vos, Rosel, te acordarás cuando los Torres y otros vecinos de El Algodonal apedrearon a los Vergonjeanne porque, allá en el 1936, quisieron urbanizar Agua de Oro, instalándose los dueños de las mineras inglesas que amenazaban destruir cuevas y profanar cementerios. O vos, Panchito Luna, recordarás cuando todos reclamaron en Cerro Azul que devuelvan las estatuillas de oro que encontraron en el río los de la minera que hicieron la toma de agua; vos, Aníbal, también te acordarás cuando investigaste la Gruta de Candonga y publicaste ese librito, El niño de Candonga, en el que pedías a gritos que no la dinamiten a la Gruta porque ahí estaba el resto óseo más antiguo de Córdoba.

Todos asentían con la cabeza, y María Rosa continuaba:

-Este corredor serrano tiene historias de luchas que nos hermanan. Desde los restos de antepasados de más de 9000 años de antigüedad encontrados en Candonga, hasta los de más de 500 años hallados en Barrio La Cruz en Villa Allende en plena obra del gas, en el Iquitipe, en Ministaló, en Paso de Vacas o el Carapé. Desde allá tenemos memoria de un corredor de gentes, de agua, de montes, de sierras, de tierra dando de comer, de gente

respetándola. De allá venimos y con ese allá vamos avanzando. Y sí, a Aníbal le costó su trabajo el decirle que no a la minería en Candonga, justo donde estaba la cueva del niño de Candonga. Y sí, a todos nos sigue costando entender que unos pocos gobernantes hayan dado el visto bueno para que dinamiten la cueva, para que desmonten infinitos cerros, para que llenen nuestros ríos de cal, aquí y en La Calera y Saldán los Minetti, o en Villa Allende los Irman, los Brixio o los Lugón. A todos nos sigue doliendo que nos hayan sacado los morteros de la margen del río, que hayan sacado los árboles nativos. Pero todos sabemos que estamos plantándolos y resistiendo desde hace décadas, desde hace siglos.

Y María Rosa los dejaba a todos lagrimeando y pensando, y las manos en alto se sucedían, y Rosel debía organizarse:

-Gracias María Rosa, ahora siguen: primero Pancho Luna, después me anoté yo, después Mabel, Paula, Marcela, Bety y cierra Alberto.

Pancho no bajó la mano en ningún momento: sostuvo su brazo izquierdo con la herida que le había quedado del tajo que le abriera el jefe de la cantera en que trabajaba, cuando le pegó, como castigo, porque Pancho se negaba a ponerle sobreprecio a los cables de acero que habían comprado para las zorritas (como llamaban a las tolvas) que trasportaban la cal.

Pancho mantuvo alta la mano mientras por lo bajo le decía a Mabel:

- Se pasó María Rosa, ¿viste? Muy bien.

Rosel le grita:

-¡Pancho, te toca, dale!

Y Pancho Luna arranca a hablar y no baja la mano, a pesar del codazo suave que le da Mabel diciéndole: “Bajá el brazo”.

-Y no bajaré mi mano porque estoy convencido de que esta mano en alto es lo que nos ayudó a hilarnos y a unirnos en este tejido humano y de territorios que son las Sierras Chicas. No la bajaré porque esta mano en alto ha sido la que ha venido con ustedes defendiendo, con puños en alto, los ríos, cavando para encontrar el agua, haciendo adobones, clavando y haciendo quinchas para hacer las casas. Este encuentro y estas manos, que también les pido las levanten, sirven para la palabra y la escucha, desde el disenso y la tensión, desde el organizarnos y decidir, hasta el abrazo y la calma.

-Quiero decirles -continúa don Luna con el brazo en alto-, que allá en lo alto del Supaj Ñuñu, desde donde alguna vez saltaran Bamba, Camín y Coscoína, dejándonos su lucha y la fuerza en sus sucesores, está lo que nos hace parte del mito del jote que el monte cuida. Estamos unidos por esa costura que tal vez se vea del espacio y que, a fuerza de barreta, mazazo y puro brazo, construyeran mineras y mineros, pirqueras y pirqueros. Estamos unidos por esa pirca mansa que nos cose en un solo paño, estamos unidos desde el Chiviquil del Caminchingón hasta el Saldán y Tiú Mayú Sanavirón. Desde los pueblos y pircas del alto de las sierras, hasta el encuentro de aguas y arenas del bajo. Estamos unidos porque mucho de lo poco que tenemos nos lo están sacando. Por eso, con todo lo que la minería nos sacó, con todo el bosque que como leña la guerra mundial se llevó, con todo el cemento con el que se nos cubrió, nos inundamos en el 24, en el 39, y el 50.

La mano de Pancho seguía levantada mientras él

hablaba, y continuó:

-Mi mano sigue en alto porque hemos ido al gobierno con las manos en alto, al concejo deliberante, a las intendencias, a las empresas, en paz, con bronca en la voz, pero con las manos en alto, pidiendo la palabra, explicaciones y diciendo basta. Pero nos seguimos inundando porque siguieron desmontando. Llegó la catástrofe de 1973, la de 1980, 1982, 1995, 2000, y todo volvió a reventar, y los brazos en alto fueron más, y los Bambas y Jotes también: la reserva de Sierras Chicas se creó con nuestra lucha y la de las universidades, pero en el papel quedaron y los desmontes avanzaron. Y debimos cambiar el mito del Supaj Ñuñu o Pan de Azúcar como volcán añejo, por el del cerro actual que parece volcán cuando los incendios devoran su monte de tanto daño que el hombre le hace. Debimos cambiarlo por la realidad de este NO volcán que jamás erupcionaría, pero que nos seguiría inundando si se lo sigue incendiando y desmontando.

Así que a trabajar nos pusimos, creando la reservas naturales, haciendo cartelitos, armando talleres para reglamentar las reservas, luchamos mucho por ellas, pero hoy, en los concejos deliberantes, aún esperan en cajones. Solo Río Ceballos y Unquillo lograron reglamentar y empezar a cuidar en serio sus reservas, avanzaron las de la defensa de Ascochinga, la de Calera la quemaron. Las demás, bien gracias, el desmonte las hermana y las empresas y gobiernos que lo hacen también.

Rosel lo interrumpe:

-Gracias, Pancho, te voy a cortar antes de que te pongas más peligroso.

- Sí, mejor, gracias -responde Pancho, aunque refunfuña por lo bajo diciéndole a Mabel, "Este siempre me corta".

- Te oí, Pancho- le grita Rosel de más allá-, después charlamos, querido...

Paula y Marcela, desde abajo de un tala y apoyadas en la pirca, dicen:

-¡Seguimos nosotras, queremos hablar juntas!

- Delen no má'- dice Rosel.

- Los brazos no los hemos bajado- dice Paula.

- Sí- acompaña Marcela, y agrega: -Hay algo fundamental que nos une que no tenemos que olvidar , y ese es el camino del agua.

Con un brillito nostálgico en los ojos, Paula dice:

-Nosotras queremos hablar juntas de la historia del agua y de las cooperativas. No podemos tejer humanamente este encuentro en la serranía sin el agua. El agua que, desde la lluvia, la nieve, la llovizna, se hace tierra en los pajonales, deslizándose por las espinas, bajando por troncos y tronquitos, se filtra en la tierra y, la que puede, se hace caucecito en las alturas, y arroyo o río en valles y llanuras. Ese camino que hace naturalmente el agua es un camino que nos une en cada una de las cuencas serranas en que vivimos. Escurre hasta las tomas, los diquecitos, los pozos de agua...

- Serían cuencas perfectas-dice Marcela...

-... si no las hubieran desmontado tanto- agrega Paula.

- Sí, mi querida amiga, las cuencas ya no tienen todos sus bosques naturales. Y el agua nos empezó a faltar justo cuando las cuencas empezaron a pelar. En 1937, debimos juntarnos los pocos vecinos de la cuenca del Saldán...

- ¡Y los pocos de El Algodonal y de Salsipuedes! -grita Mabel de más atrás.

- Así es- continúa Marcela-, la sequía era impresionante y el tren se seguía llevando de a miles de toneladas el monte. Los árboles grandes (talas, quebrachos, algarrobos

y molles) iban a madera, los chicos, a postes de alambrados y leña. Poco a poco logramos que se creen las comunas, el agua empezamos a cuidar y, desde cada pueblito, la empezamos a manejar. Después vino la seca del '73 al '74. La minería seguía devastando los cerros, la cuenca del Carnero estaba desnuda y la gran crecida del '75 destruyó las obras que hicimos para tener nuestra propia agua en los pueblos del norte. Seca e inundación nos dieron una gran sequía. El agua quisieron empezar a manejarla los mineros y los inmobiliarios, pero nos plantamos y las cooperativas creamos.

Paula, inquieta por agregar algo, mete cuchara y suma:

-Algunas de las cooperativas nacieron de peleas por enormes diques que quisieron hacer en las pequeñas cuencas. Solo hicieron el dique La Quebrada. Fue todo un desafío decirle que no a un gran dique cuando el agua necesitábamos, pero sabíamos que si el dique hacían el bosque moriría y... no era muy seguro que el agua no nos faltara, o que una lluvia torrencial y el suelo desmontado nos inundaran igual. Otros, al ver que las cooperativas intentaban ser copadas por intereses particulares, optaron por trasladar el agua a manos del estado municipal... En fin, se trazaron muchas vías de luchas vecinales.

- Sí, Paula, pero no se tejió nada tan sólido hasta el 2012, en que las cooperativas nos empezamos a juntar con las asambleas- cuenta Marcela-. Es que era muy impresionante ver cómo, desde que crearon las reservas naturales que cuenta Pancho Luna, allá en el 2000 hasta hoy, se desmontó casi todo para urbanizar o para la minería, sin importar la gran sequía del 2008 al 2013 que a muchos nos tocó y nos obligó a volvernos a movilizar. Las cooperativas las quisieron copar empresarios, y los vecinos las defendimos en la ciudad y en el monte. Todo Sierras

Chicas se ampliaba en cada caminata de reconocimiento de flora y fauna, y se inmiscuía en lo hondo de lo urbano en cada cruzada o en cada manifestación de las Sierras Chicas. Y las cooperativas y municipios a cargo del agua pudimos volver, de a poco, a ocuparnos del servicio con la voluntad de cuidar el camino del agua.

Don Rosel recuerda, ahí nomás, unos dichos de otro viejo viejito de las Sierras, el Gato Heredia, vacunador del SENASA, que decía siempre: "Qué camino el del agua: nacer en el cielo, caminar la tierra, alimentar la vida".

Todos se quedaron mudos un ratito, pensando... hasta que alguien, por ahí, ¡largó una carcajada!

- ¡jajaja! ¡juaajajaja!- se sentía al fondo, regalada quedaba Doña Mabel riéndose.

Nadie entendía nada, hasta que Mabel dijo:

-Perdonen, es que me senté en un hormiguero, y estas me están haciendo cosquillas en el quetejedi.

- Ay, Mabel- dice Rosel-, te toca a vos.

- Me voy a parar- dice Mabel-, pero necesito que me ayuden, estas piernas ya no aguantan tanto y estas hormigas ya me cansaron de hacerme reír.

Don Alberto y la Deonada, que permanecían sentados atentos y en silencio a cada lado de esta vieja viejita, la ayudaron a pararse.

-Acompáñenme todos. Betty, vení conmigo- dijo la Mabel.

A lo largo de esta asamblea, el anaranjado de los cerros y su pajonal, y el verdivioleta del mollar, empezaron a anunciar el atardecer.

Caminaron la hilera de bastones y chuequeadas hasta el arroyo. Se arrimaron al mortero negro que Pituco había usado con Alberto, y en torno a él hicieron una ronda.

Y doña Mabel dijo:- Rosita (como se llamaba Betty),

contales el secreto...

Betty, caminchingona por parte del padre anarquista transerrano, esta vez no sacó nada de ninguna bolsita.

Betty solo dijo:

-Estos son los ojos de la tierra al cielo.

Caminó unos metros hasta unas cortaderas junto a un sauce llorón, se agachó como buscando algo y tomó en sus manos un cuenco de barro que tenía en su frente a una mujer de brazos firmes y cruzados y, rodeando el cuenco, una guarda coscoína con la pirca y corrales del chiviquil dibujados a pulso perfecto. Se agachó en el arroyo y Ángel, su compañero, la sostuvo; caminaron juntos hasta la asamblea y, al llegar al mortero, Betty dijo:

- Alberto, vení.

Llenaron el mortero con agua, lo cubrieron con un cuero y Betty tomó la palabra:

- Nos unen cerros y sierras, arroyos y ríos, churquis y cañadas, molles y talas, shararás e iguanas, pumas y toco-tocos, cuevas y capillas, conflictos y resistencias. Nos une la tierra y la vida, por eso ¿por qué no cuidarla?

Y en un tirón, don Ángel revoleó el cuero, se hizo la noche y el mortero, como un ojo al cielo, brilló y titiló, reflejando la estrella más brillante del cielo en la tierra.

Y doña Bety, abrazada a Ángel, a Mabel y a Pituco dijo:

- Es el tiempo de luchar, la estrella lo marca en el mortero al brillar.

Toda la asamblea lo vio: el segundo en que la estrella allí se posó. Y al segundo siguiente, cada uno, con su rostro distinto y sus miles de historias y palabras, se reflejaron en ese ojo de la tierra con su agüita.

Y el mortero brilló y brilló, pero ya no por la estrella, sino por la fuerza que centelleaba en todos esos rostros, manos y memorias con sus manos en alto.

## Molle

Corría el año 1886, las serranías se poblaban de hacheros que, por unos pocos centavos de pesos argentinos, bajaban cuanto árbol encontraban en su camino. Los árboles más grandes habían sido comprados, todos. Empresarios europeos, dueños de ferrocarriles, de fábricas de cales y armas, necesitaban el monte y las maderas duras de los árboles más viejos para continuar avanzando con la Guerra, porque allá, en el viejo continente, habían desmontado todo.

Muerte allá, en Europa, muerte acá, en nuestros montes.

Mataron y desalojaron a miles de familias, talaron millones de árboles y arbustos, pero, por entonces, solo uno quedó para atestiguar el desastre: el Molle.

Y fue así: en aquel año de 1886, un hachero correntino estaba en nuestras sierras trabajando a destajo desde hacía meses. Su cuerpo, cansado y lastimado, se echó un rato sin hacer caso a la orden del capataz. El Mencho eligió, en el paisaje de Sierras Chicas, un árbol robusto, de tronco ancho y copa de hojitas brillosas para hacer su parate.

Llegó hasta el árbol y dio los primeros hachazos, para simular que seguía trabajando. Entonces el árbol comenzó a llorar por sus ramas y por sus verdes y brillantes hojas. El hachero se sentó a descansar, sin querer terminar de cortar el árbol. En el descanso, vio las gotitas que caían sobre él. Sintió el pedido de "no me cortes". La savia del llanto del desmonte cubrió las cicatrices del hachero, y su piel comenzó a enrojecerse. Se descompuso.

Cayendo la noche, el capataz mandó a buscarlo. Don Alessandro, su tano hachero amigo, se arrimó a él. Intentó despertarlo. No pudo.

Recogió el hacha que se apoyaba en sus piernas, alzó al Mencho y, cuesta abajo, lo llevó al obrador y de ahí a lomo de mula a lo de Marta y Abelino.

Abelino González y Marta Quiman, sanadores y pareja partera caminchingona del paraje de San Fernando, atendían el parto de Juana, una madre caminchingona que llegó a pie, 22 km desde La Toma (hoy Alberdi).

Al finalizar la atención del parto con Marta, su compañera, vieron al Mencho y, preocupados, le dijeron a Alessandro:

-No le pidió permiso al Molle, y el Molle lloró. Seguro este hombre es alérgico, solo dejémoslo que se reponga con agua y aire de las sierras.

A los dos días, el correntino murió y entre los hacheros corrió la historia de que si tocás al Molle Serrano este vivirá por siempre y te castigará. La historia corrió boca en boca, rapidísimo gracias a que la muerte del Mencho generó una protesta en todos los obrajes serranos. Nadie quería hachar nada más. El monte se iba en cada hachazo y se los estaba llevando a ellos. O morían enfermos, o mordidos por serpientes o lastimados, y eran tirados a los hornos carboneros y leñeros de la cal. Los hacheros y hacheras estaban hartos de vivir y morir por orden y amenaza de los capataces ingleses o alemanes dueños de los ramales ferroviarios que aún no llegaban a las sierras, pero sí a Rosario y al actual Gran Buenos Aires.

Desde aquel primer paro de hacheros a fines de 1886, la fuerza de los obreros creció y se afirmó como el Molle, aquel árbol que se ha salvado de la tala indiscriminada y que hoy domina nuestro paisaje serrano con el brillo de sus hojas, su fuerte tronco y su particular manera de crecer entre las piedras.

Así como el Mencho se quedó en las Sierras, muchos

otros hacheros y hacheras dejaron el oficio y se volvieron puesteros. Se quedaron a vivir y reverdecer con las Sierras.

El Molle no fue a la guerra en Europa, como sí fueron otros árboles como el quebracho y el algarrobo. Se quedó con muchos otros nativos con las gentes originarias, los migrantes internos e inmigrantes que escaparon a las guerras europeas. Gentes que dieron su vida como hacheros, pirqueros, mineros y puesteros. El Molle, junto a otros árboles como el Tala, se quedaron aquí para ayudar a pelear la batalla de la vida en el monte local.

## Tala

Dulzuras solas daba el majestuoso árbol del tala, con su frutita anaranjada.

Caminchingones y otras gentes de las sierras, saborean el manjar de esta pequeña fruta local.

Los corrales de llamas y guanacos se cercaban con sus gajos y, de las frutas por estos camélidos defecadas, brotaban una y otra vez nuevos talas.

Y también, del tala, una especie de chicha (bebida alcohólica) se prepara.

Con la chicha de tala, altas fiestas y borracheras de solsticios los kamiars se daban.

Hoy, las maquinarias del despojo quizás se lleven todo el monte. Pero, en poco tiempo, hojitas dulces de tala de la Pacha asomarán.

El tala y sus amigos, el espinillo, la carqueja y el tomillo, no demoran en salir de debajo de la tierra y empezar a ganar territorio dando de nuevo, al monte, la vida.

Bajo un tala aprendí que, si al monte lo dejás, solito este regresa.

Y si al monte lo cuidás, te dará hogar, agua y comida.

De tronco dulce como sus frutitas, el tala nos regala mieles claras al florecer.

De raíces firmes junto al arroyo, el tala nos regala bellas sombras al atardecer.

## Moradillo

Bajo su pinchudo follaje, compartimos lo que trajimos,  
dolores de muelas y amores, curados con moradillo.

Siguiendo de niño un grillo llegué hasta un túnel de  
moradillos.

Siguiendo de grande aquel sendero nos amamos en Los  
Hornillos.

Allí nos quedamos juntos por siempre, enamorados en  
casa, junto al moradillo.

Aquí nos curamos llantos, morimos a carcajadas con  
amigos.

Calmamos broncas y ansias, nos cobija el moradillo.

Perdemos temores, ganamos fragancias, con sus  
espinas nos cuida un moradillo.

## Un tren a la tristeza, un tren a la esperanza

- Tomate el próximo tren, hijo. Tenés que bajar en Río Cuarto, ahí te espera Jorge, tu hermano mayor. Acá en el pueblo no hay más que hacer- dice con voz cansada y enferma su padre.

Y agrega llorando:

- Desde que hicieron el ramal nuevo perdimos el campo, no quedó ni monte ni animal de tiro vivo. Todo lo dimos para ese tren maldito- y Mario le da un abrazo suave a su hijo Marito de 8 años, en la estación de Las Peñas, al norte de Córdoba, allá por 1942.

Afuera de la estación llovía a cántaros. Estaba helado. Ni un árbol protegía el tablado.

Marito subió llorando al tren.

Nunca más vería a su papá, quien moriría al día siguiente en el obraje, herido de tanto hachar para pagar el boleto de su hijo.

El cuerpo de su padre significó un nuevo alzamiento en los obrajes del piedemonte y toda la serranía. Aquel invierno de 1942 se paralizaron las hachas. Los carros. El obraje. Los hornos carboneros. Las ladrilleras. Los hornos de cal. Los trenes. El país que se alzaba como potencia con su ferrocarril, se volvía un páramo donde resonaba un solo grito:

¡Basta de explotación!

Marito llegaba, dos días después, con sus 8 años, a Río Cuarto. En la estación seguía lloviendo. Nadie lo esperaba. En los pasillos y la sala de espera sonaba fuerte la Radio Nacional local.

El locutor contaba lo ocurrido en Las Peñas: Don Mario Favre, el hachero, el carpintero, ha muerto. Su partida dejó

un alzamiento.

El locutor, en vivo, sube los mocos llorando y afirma que no habría trenes por una semana.

A continuación, pide un minuto de silencio por Mario y la lucha que ha disparado.

Jorge, el locutor, aprovecha ese minuto para correr a la Estación.

En aquella helada noche, corriendo llega al andén. Marito se cobija en el abrazo, calmando el llanto de recién.

## San Antonio pa' encontrarse

(Voces del encuentro de San Antonio)

Guitarreada bajo los olmos avivan el encuentro.  
El fueguito del Máximo ya arde bajo el quincho matero,  
lo primero que se prende, lo último que se apaga,  
este fueguito y la mateada.

El horno del gringo Beto ya calienta y seca el barro.  
Las cucharas del Juancito ya se agitan en el Ferné  
mañanero.

Entran en calor pa'l ritmo que, entre su gamba y las  
manos, le darán otro sonido a la noche.  
Cae la familia mendocina a vivir el encuentro principal, el  
de armado, el de la vieja amistad.

El Curita predica “¡al César un salud!”, y el convite a la  
Pacha le abre paso al Bacha.

El jarro gira, sube y baja, le cantan mil que los cumpla al  
Juancito, como se lo cantan al encuentro cultural cada vez  
más grandecito...

Los changos encienden hornos y hornallas, al ritmo de la  
picada, las mujeres avivan el fuego con su libre zarandeo.  
Cocina quien quiera, pero todas y todos con delantales o  
pañuelos iguales...

Para muchos, San Antonio ya no es un cuento, donde el  
Celador es el actor. San Antonio es de todo el que viene, lo  
vive y se suma al convite, hasta sin ser bailarín ni cantor.

Aquí, el Negro Valdivia en zamba mueve el pañuelo,  
hace magia con Mamakilla desde la tierra hacia el cielo.

¡Salud, compadre!! grita el amigo, salud para aquí, salud

para ti... Salud al Olmo que sombrea como Algarrobo.  
Salud a Lula, al José Luis, al Maxi, al Pachi.  
Salud a la Lizi y al Raly...  
¡Salud a la chichi de la madre que nos dio esta vida, dónde,  
quién y no otra que la Pirincha, que es la enfermera,  
partera amiga de este encuentro que aquí hoy renace !!

El Curita predica "¡Al César un salud!"  
y el convite a la Pacha le abre paso al Bacha...

Los chicos corretean y con la Male custodian celosos  
la alegría del encuentro de los jocosos...  
Vienen a San Antonio de otros encuentros, se encuentran  
en San Antonio hacedoras y hacedores de resistencia,  
viven en San Antonio la lucha unida, el baile, el cuarteto, la  
cueca, el rock, la chacarera, la murga y la tonada.  
Suenan violines, flautas, erques, charangos, sikus, bombos  
y guitarras.

Proyectan cine y dan charlas bajo los olmos.  
Danzan títeres entre los aromos.  
Se unen entre las carpas y con hilos de enseñanza,  
páginas de la cultura que hacemos en nuestras andanzas.  
De los talleres nacen músicos enraizados a la cultura  
abierta y testaruda, soñada, alegrada, compartida y  
liberada.

El Guillo les canta y cuenta a los niños notas y relatos de  
sonrisas.  
Hernán y Gilda enseñan juntos sobre la tierra y sus luchas,  
 encuadernan historias bajo una acacia, regalando sonrisas  
y mucha gracia.

El Ramiro chivatea con un vinito debajo de los garabatos,  
nos enseña a jugar con poemas riojanos, tranquilitos, por

un rato.

Tambores retumban lo afro a lo lejos,  
sudor de danza negra se vuelve río sonoro,  
allá al fondo, en la arena del San Antonio.

Se calientan en la cocina, guisos, locros y tarteadas,  
se pica ajo bailando y se sirven los menús chacarereando.

Un ¡Salud, compadre! a la guitarreada, al bombo y la  
empanada. ¡Otro salud a la pueblada  
y un convite a la pacha amada!!

## Sentirse monte en el monte

Sentirse monte en el monte es sentir cómo la espina es la  
fina esponja del aire,  
es correr con el viento oleando yuyosos perfumares,  
es brillar como el mollar, justo cuando el sol en las hojitas  
comienza a verdear.

Sentirse monte en el monte es hacerse atardecer rojizo en  
el alto piquillinar,  
es pintarse de ocre en el cielo al posarse el sol en el  
pajonal,  
es chuncanear con la tonada arrastrando por la pacha  
vocales y erres al exhalar.

Es defender el nido, como el benteveo al picotear.  
Sentirse monte en el monte es hacerse canción como el  
aire en el agua, un río cantándole a las piedras al abrazar.

Es sentir coros y risas en el arroyo  
cuando los ojos has de cerrar.  
Es beber de lo hondo de la tierra, como el chañar,  
Quishcaloro, con raíces  
que al agua profunda quieren llegar.

Sentirse monte en el monte  
es ser honguito bajo el coco entre el yuyal,  
es perfumar de peperina el aire al mariposal;  
es del viento ser chillido dulce como el del zorzal,  
es ser grito fuerte de arriero en el romerillal.

Sentirse monte en el monte  
es ser tierra pal' hornero, que su casa quiere arreglar,

agua que riega y alimenta el tunal.  
Vida traída por vientos, semilla, árbol, bosque, casa de vida  
lluvia hecha barro en el guadal.  
Sentirse monte en el monte  
es ondular la cadera llevando el pecho al frente pa'  
afrentar la cuesta;  
es ser ladera de cerros hecha columna, serranía curvado  
vertebral. Caminchingón en el Saldán.

Sentirse monte en el monte es en invierno extrañar colores  
primaverales que nos encuentran para cantar.  
Es no callarse cuando, como espina, duelen los desmontes  
que el político no quiere parar.  
Es volverse soberanía y salir a parar los pechones del  
"civilizado progresar".  
Es hacerse grito de arriero al frenar la topadora que el  
bosque se quiere llevar.

Sentirse monte en el monte  
es ser cuenco de manos al beber de un arroyo serrano,  
es unirnos como hermanos para nuestra lucha mostrar,  
es amar este cruzarnos para nuevos rumbos tomar.

En este territorio de valles, serranías, llanos y salares,  
nido de cuencas, de arroyos que en el llano se han de  
enterrar, nuestra lucha de serranos, desde el monte,  
al bosque todito ha de cuidar.

Ambargasta, Río Seco, Tulumba, Pocho o Totoral, el monte  
en el monte se ha de quedar.

Desde los bosques de la Ansenusa a los Ischilín de Punilla,  
Cruz del Eje, y el sur del Caldenal, con los montes de

Paravachasca, Calamuchita y Traslasierra, el monte en el  
monte se ha de quedar.

Sintiéndonos monte en el monte  
Caminchingones, Sanavirones, serranos y llanos, unidos  
por el gran chaco, hoy nos volvemos a hermanar.

Haciéndonos viento y tormenta del norte, enraizados al  
suelo como Tackú, Quebracho o Jarillar,  
nuestro grito saldrá y se quedará en el monte, para que  
paren de desmontar.

## **Pozo de agua 1**

**(José Luis, el rabdomante de la botellita)**

“Esto es creer o reventar”, nos dice José al campo entrar.

“Si la botellita con el hilo giran, agua has de encontrar”.

La botella gira despacio, sostenida por el hilo de la plomada.

Es una botella particular, pequeña, amarronada.

“Tenía los remedios de mi madre amada. Ella me enseñó a buscar agua, observando lo que miraba.

Si los árboles están torcidos, bajo tierra el agua se arrastraba.

Seguir la hilera torcida de talas, siempre me aconsejaba.

Si se juntan un tala, moradillo, coco y espinillo, el agua allí encontrarás.

Si la botellita no para de girar, esa es agua de maldad.

La botellita está llenada de la última agua que ella hallara.

Girando despacio me muestra a dónde has de cavar.

Depende de cuánto el hilo se vaya a estirar, serán los metros que tengas con la pala que trabajar.

Acá me da 15 metros, sí que vas a cavar.

Los cerros racionan el agua, no la vayas a derrochar”.

## Pozo de agua 2

**(Sergio Andrés, el rabdomante de la ramita)**

Pasamos por él a las nueve, en meses en que no llueve. Nos dijo: "Nos vemos el jueves".

Subo caminando, buscando una rama que tenga forma de V, nos dijo eso en la llamada.

Llegamos a la parada, ansiosos por el encuentro. Y ahí estaba Sergio, con su rama, del bondi recién bajaba.

"Vamos, es río arriba", le dijimos en la bienvenida. Charlamos un largo rato y al llegar nos contó lo que haría:

"¿Ven esta rama en V? En mis manos la llevaré. Cuando baje sus puntas hacia el suelo es porque agua encontraré".

"¿Y cómo funciona eso?", preguntamos con intriga.

"Les iré contando al caminar, les pido que me sigan".

A poco de entrar entre las sierras, la rama comenzó a bajar a la tierra.

En un punto determinado, entre un tala y un piquillín, don Sergio pidió que le ayudemos a subir la rama en V.

Hicimos fuerza entre dos, se sumó la Pocha y, siendo tres, la rama bajaba y bajaba tocando ya nuestros pies.

De golpe, la V se partió. La rama se hizo dos.

Uno de los tres se cayó.

Reímos entre pinchazos.

Sergio nos explicó que esa era agua mala o agua honda, que mejor no la usemos.

Allí parecía terminar la jornada de rabdomancia, la V se había destruido.

Pero don Sergio nos dijo divertido: “Ya me busco otra más flexible, de siempreverde o duraznillo”.

Encontró una perfecta y probamos en varios lugares.

No debía cortarse la rama.

Y en un punto del terreno, ocurrió otra vez: los tres intentábamos subirla y la rama se clavó allí.

A nosotros el lugar ya nos resultaba familiar.

Sergio recién lo conocía.

“Creerán que es mentira”, Sergio nos decía. “El agua está acá, pero tienen bastante para cavar. 8 a 15 metros, entre piedras y mantillo. Pasen la arena”.

Y agregó don Sergio, mirándonos muy serio:

“Eso sí, mis amigos, sepan algo desde ya: si a la pacha por agua van, no la descuiden ni la vayan a desperdiciar. Ella está allí hace milenios y milenios en volver tardará”.

## Pozo de agua 3

### (Geólogo Frontera)

Lo llamamos por teléfono y nos dice amablemente:

- ¿Qué necesitan?

-Hacer el trámite por el pozo de agua- le contestamos.

-¿Y saben dónde está el agua?

Dudamos en decirle la verdad. Optamos por mentir y decirle:- NO.

-¿Tienen el río cerca?- nos pregunta.

-No, un arroyo temporal, ahora seco- le decimos.

-Iré la semana que viene.

A la semana llega. Despliega mapas, aparatos satelitales, sensores. Conecta el cosmos con el manantial con toda la tecnología más monumental. Nos hace hacer algunos pozos. Y concluye

-Acá, a 8 a 15 metros.

Y suma:

-Es el Manto Belgrano y la arena lo que tienen que pasar. Tienen mucho para cavar. Es lindo lugar.

-Sospechábamos- le decimos al geólogo. Reímos cómplices.

El pozo aún no lo hicimos. Pero el agua está. Por algo llaman al pago: El Vergel del Manantial.

Decidimos cosechar agua de lluvia. Así vivimos: cavando para arriba. Buscando coincidencias, escuchando a quienes saben, prestando atención al monte, a la tierra y al cielo.

## Sabotaje Pedemontano

“Estamos por probar un nuevo químico en el campo”, nos avisaron allá por 1999 en el Paraje de El Talar en Mendiolaza.

El barrio recién se empezaba a armar en plena crisis menemista. Los lotes valían 350\$, nosotros ganábamos 120\$ por mes. Lo pagamos en comodísimas cuotas. Lo mismo nuestros amigos vecinos.

Todo venía bien hasta que nos avisaron que probarían ese químico en Chañar Bonito y en El Terrón, dos campos enormes que venían produciendo lo más bien sin necesidad de esos químicos.

El intendente les dijo que no. El gobierno provincial ni mu dijo. Supuestamente estaban tratando una ley para eso, para la sanidad de las plantas del agro: la ley de fitosanidad.

En fin, empezaron los dolores de cabeza: aparecieron máquinas que nunca habíamos visto, fumigaban con químicos asquerosos, nos dolía la panza, la cabeza. Vomitábamos. Mi hija perdió a su bebé. Al tiempo, el agua venía asquerosa. El camión cargaba aguas abajo de donde fumigaban y cuando llovía todo iba al pozo.

Nos cansamos.

Nos juntamos en lo de Mer, después en lo del Carlos. Primero éramos 10, al último 153. Marchamos a la Muni. Nos juntamos en Villa Allende con otras Madres que venían de Barrio Ituzaingó, en Córdoba. Padecían lo mismo.

En la Muni de Mendiolaza nos recibió el Intendente, se la jugó, armamos una ordenanza y prohibimos la fumigación.

Los empresarios de Chañar Bonito amenazaron al pueblo entero. Sus químicos ya estaban en los tanques de agua porque empezaron a usar avionetas y nuestros tanques y techos, conectados al cielo esperando lluvias, recibían mensualmente agrotóxicos.

En este hermoso piedemonte serrano nos intoxicamos.

La empresa judicializó la ordenanza, metieron policías a custodiar la máquina que fumigaba. Un móvil para la avioneta. Se intoxicó hasta el cana del pueblo del lado, el Cabo Tijereta.

Nos dejaron amenazas en casa: "Si jodés te rociamos con nafta".

Nos hartamos más de todo.

El progreso, en gotas agrotóxicas, llegaba al pueblo, mientras levantaban las vías del tren. La vía se iba, pero los durmientes se quedaban.

Una noche en que todos dormían y que sabíamos que al día siguiente fumigarían, fuimos, con permiso del intendente, al frente de la estación de tren. Agarramos seis durmientes de madera de quebracho ya perforados, que antes sostenían la vía del tren, y les clavamos unos hierros del 12. Le sacamos mucha punta con una amoladora eléctrica a cada hierro.

En medio de la madrugada entramos por el viejo cauce del arroyo sin alambrar y, entre cuatro, nos metimos al maizal.

Al día siguiente lo iban a fumigar. Dejamos allí los durmientes con sus pinches.

Esperamos a la máquina y ¡¡ P U M!!!...Les reventamos los neumáticos.

No volvieron a fumigar como por un año. Al campo lo super policializaron. El intendente luchó para restringir la fumigación, hizo lo que pudo. Hasta la justicia le dijo que no podía impedir eso en campos privados.

Los durmientes volvieron a despertar.

Nadie supo nada de aquel sabotaje pedemontano.

Hoy seguimos marchando, somos muchas y muchos los fumigados acá en el piedemonte y en otros pagos a los que nos sumamos en sus luchas locales.

Al igual que los agrotóxicos, la enfermedad, la lucha y los sabotajes se han mundializado.

Algunas batallas hemos ganado, otras no y peor nos han enfermado.

Pero sepan algo, no nos hemos callado: con distintas formas de lucha, los durmientes hemos despertado.

Carlos, Mendiolaza. 7°Abrazando Sierras Chicas.

## Sabotaje Serrano

Los durmientes ya se habían despertado. Pero el intendente había cambiado de parecer.

Cuando las fumigaciones se frenan en las áreas periurbanas y metropolitanas del mundo, el negocio urbano es lo que les sigue. En Mendiolaza, el monte volvió, y se lo categorizó como rojo y amarillo en las leyes de conservación.

Pero el intendente, que había prohibido fumigar, ahora autorizó desmontar.

De nuevo, el centro es El Talar.

“Los vecinos ahora son más y se les han plantado a los Tagle”, rezan, allá por el año 2012, los titulares de los periódicos.

-Es que hay que ver lo que ha pasado en el 2008, 2012 y 2015 - dice Angela.

-¡Nos hemos inundado y esos guachos todo han desmontado!- responde, al fondo, don Pereyra.

Valeria suma:

- ¡El suelo sin árboles no absorbe y el agua arrastra todo sin cesar!

-La última crecida se llevó la casa del César, embarró hasta el hospital. En nuestro caso, por días no pudimos ni entrar a casa. ¡De esta no nos vamos a callar! -pega un grito Raúl, desde más atrás, con su hija a cococho.

A los días, los vecinos y vecinas saltan el alambre y

despliegan un enorme cartel:

TU BARRIO PRIVADO NOS HA DESMONTADO. TU NEGOCIO NOS HA INUNDADO. FUERA TAGLE DEL TERRÓN.

Amenazan con detener a los manifestantes.

Clausuran el loteo.

Arreglo seguido con el intendente vendido, el country sigue como si nada. Es que al intendente le gusta el golf.

Los empresarios le proponen una cancha exclusiva en su propio pueblo. Más grande y más inglesa que la del pueblo de al lado, a tres kilómetros.

- Ya no fumigarán con agrotóxicos, pero ahora sí con otros químicos peores para el lujo de su pasto en la cancha de golf de El Terrón- explica J., el empleado de la empresa encargada de fumigar y ex vecino del Talar.

Al otro lado del alambre y los vallados, el pueblo sin agua. Adentro se riega la cancha de golf como si nada.

Los empresarios dicen que la de adentro es agua de pozo propio. Desde afuera, la cooperativa inyecta agua desde otro pozo a la red de todo el pueblo. Un pozo cada vez más seco y contaminado obliga a traer agua de otro lado.

Se corta una y cien veces la ruta.

La lucha se judicializa. El loteo se para por un tiempo.

A los meses, el loteo se ha aprobado de nuevo.

-La justicia y la municipalidad arreglaron con los Tagle- dice Marcelo-. El Terrón será un ejemplo de loteo- agrega este amigo del intendente.

Entonces, ordenan que los vecinos paguen las costas del juicio: le quitan el auto a la maestra del pueblo, el

molino de algarroba a otros y la gente deja de participar en el cotidiano luchar.

Algunos se preguntan:

- ¿El pueblo se ha dormido? ¿U otros sabotajes como los durmientes despertarán?

No lo sabemos. Eso sí, hasta el momento los negocios de pocos gobiernan Mendiolandia. ¿Y la gente? ¿Durmiente?

## Sabotaje infantil a la minera violenta

En las Sierras, cerca de Villa Allende, hay unos cerros con mucho granito útil para todo lo que te imagines: calles, hormigón, postes cementicios, para muelles de puertos agroexportadores y harinas minerales para el llano, que las necesita ante tanta agricultura tóxica que destruye los suelos con su intensidad.

En esta porción de las Sierras hay un cerro ausente: el que detona la megaminera El Gran Ombú S.A.

Ante el desprestigio que se ganó la minera por todo lo que destruye y, sobre todo, porque quiere avanzar sobre la Reserva Natural del pueblo, rompiendo su bosque y afectando el agua de la cuenca, la empresa decidió limpiar su imagen. Comenzó a llevar a los chicos de las escuelas a visitar el cráter.

Las escuelas que iban a El Gran Ombú recibían esta información en cada visita:

-Al cerro que hicimos cráter, lo haremos de nuevo.

Los niños ni se lo creyeron y les preguntaron:

-¿Cómo harán el cerro de nuevo sin romper otro cerro?

Silencio de cráter.

Le daban un casco a cada uno, le sacaban una foto que después iba al expediente de estudio de impacto ambiental en la parte de responsabilidad social y, escudados en que hacían minería sustentable, conseguían así nuevos permisos de avance.

A la siguiente visita, el guía tenía aceitada otra explicación con otra mentira:

-Al cerro que hicimos cráter, lo haremos de nuevo con la basura del pueblo.

Las niñas y los niños saboteadores respondieron al unísono:

-Pero esa laguna que está ahí va a esa zanja que hicieron para el juguito asqueroso de la basura y de ahí va al arroyo. De ahí tomamos el agua. ¿Ahora tomaremos basura?

Silencio de cráter.

Su eco retumba en el pueblo al llegar las infancias a su hogar.

El avance minero versero queda deschavado por las infancias. Y esto consigue movilizar al pueblo.

Las escuelas no van más a visitar los despojos y oír las mentiras de El Gran Ombú.

Se han trabado las nuevas etapas del avance minero deseado por los empresarios.

El sabotaje de niñas y niños con sus preguntas ha impactado.

El pueblo allendense y sus niños han enfadado a los Lugón. Aunque a estos dueños de la minera poco le importan las Sierras, pues por Miami andan un montón.

Maestras y ex-alumnos del Atahualpa Yupanqui.

## El altar de la víbora

Elba ama el monte y los animales. Y por eso es vegetariana.

Como conoce de víboras, solía sacarlas con la mano de las casas de sus vecinos y conocidos para cuidarlas y que no las maten. Un día la mordió una yarará de la cruz.

Casi muere.

La única salvación a los males que le quedaron tras semanas internada, tales como problemas renales, de hígado y anemia, era abandonar el vegetarianismo y volver a comer carne.

Nadie en la casa renegó de volver a comerla.

Sus hijos la acompañaron todo el tiempo para que se repusiera. Pero había un interés, como dice ella.

Como la madre volvió a comer carne para tener más fuerza y recuperarse, los hijos, amantes de las comidas con carne, la acompañaron.

La yarará que la mordió y que le facilitó el suero antiofídico meses después estaba en un rincón cerrado del patio para poder agarrarla y producir más suero.

En su honor, Martín y Simón hablaron con su mamá y, gracias a que por el incidente volvieron a comer carne, le hicieron un altar a la víbora.

Y fueron felices de nuevo, como cuando eran vegetarianos y la víbora no mordía humanos.

## Incendio

-¿Qué pasa, querida?- pregunta doña Eloísa Paigés a su amiga Carmen.

-Es que ayer el fuego estaba lejos y los de la brigada de incendios de la policía lo prendieron más acá para quemar un poco antes de que llegue a casa. Y como eran pocos me quemaron la casa.

-¡NO!

-¡SÍ! -responde Carmen, llorando-, y ahora me vine a La Mesada, a la escuelita, porque me dijeron que harán lo mismo acá cerca.

-¡Que se arrimen nomás, los cago a pedradas!-exclama Eloísa.

Cuando llegan los de la fuerza de combate del fuego, Eloísa le encaja una pedrada al Jefe.

Se la quieren llevar presa.

Salta Cacho y grita:

-¡No!- con el rebenque en la mano dispuesto a reventarle el marote al cana incendiario-. Hablemos.

Y arranca Eloísa:

-Acá no se les ocurra prender fuego, porque después vienen con la minera y quieren romper todo, echar a la gente a que viva pobre en la ciudad y hasta quieren cerrar el camino. Esta es jurisdicción de los bomberos voluntarios y de los vecinos organizados de Calera.

-Pero ¿quién es usted, señora? - responde, haciéndose el matón, el Jefe, agarrándose la cabeza lastimada del

piedrazo.

-Soy la directora de la escuela y acá están viviendo 15 familias que se quedaron sin casa por su culpa. Porque no los dejaron apagar el fuego que se acercaba a sus hogares y los obligaron a irse, para después hacer esos mafiosos contrafuegos con los que trajeron el incendio, que estaba a 22 km, a solo 1km en pocas horas, destruyendo la casa de mis alumnos, sus familias y sus animales.

-¡Se van de acá!- les grita la gente, enojada.

- ¡Nosotros sí sabemos parar estos incendios, que nos queman la vida para que dejemos nuestras sierras queridas!- grita Eloísa.

Se va el jefe con sus hombres. Llegan, a pie y a caballo, los bomberos voluntarios, familiares de algunos de ellos. Los vecinos agarran caballos, baldes, chicotes, agua y, en 3 horas , frenan 7 km de fuego que venía por la Escuela, el barrio cercano y sus vidas.

Hoy, sus casas ya no existen. Las familias se hartaron de los contrafuegos y los incendios. Se fueron a las barriadas vulnerabilizadas junto al Suquía.

Sus campos se los quedaron las mineras y las inmobiliarias.

La Calera es tierra de pocos, con los incendios echaron tantos mocos.

Esta es una historia de antaño, que se replica por estos años.

Gracias, por traerla de vuelta Maestra Eloísa y Don Pelayo.

## Pampoya y el Lucho en el campo de la pulgas

En Traslasierra hay un pago con ritmo un poco ajetreado.

Allí hay un lenguaje calmo, solo alterado por el turismo en verano.

Basta con pararse y ver la despensa del Loro: "Plumas verdes", se llama.

Tiene naranjas nuevas y viejas y mucho vino en damajuana.

-Si quiere helado, saque del freezer; si no hay, raspe la escarcha de la pared.

Hablando bajo como a su altura, el Loro es un pícaro caradura.

Si entrás embolado o apurado, el Loro te hace esperar a un costado. Y esperalo sin apuros, y más aún si él habla con Pampoya, preocupado pues no lo quiere ver emborrachado.

-Es que así se ha muerto su hermano, y a Pampoya lo quiero, juntos nos hemos criado- aclara siempre el Loro, por lo bajo, casi callado.

Si salís de la despensa y cruzás la plaza, un cartel te advertirá: ME GUSTA LA MORTADELA. NO ATES TU CABALLO ACÁ.

Así anticipa el Trompa que en su carnicería no hay que joder. Con firmeza y altura, saluda al Pampoya que esquiva manguear la carne y la paga con guita del Lucho esta vez. Alegra le dice a Pampoya:

- ¿Por qué no usás el puente colgante?

- Porque eso es para los chetos- le responde él.

- ¿Y por dónde vamos a lo del Lucho?- retruca la niña.

- Por la Tablita, mi amiga- responde Pampoya caminante.

Cruzando la parte angosta del Panaholma, entre piedras graníticas grises, un tajo se abre paso para dejar pasar el río. Allí, el padre de Pampoya hizo, en los años 30, un puentecito de hormigón.

- Antes era de madera, por eso le dicen la Tablita... Es más, lo usaba Brochero, y por eso le dicen también ¡“El paso del cura fiero”!- le explica Pampoya a la Alegra, mientras moja su cabecita.

- Nos llama la atención el color de tu pelo, Pampoya: beige yodado, como el Panaholma- le decimos.

La Pocha le pregunta:

-¿Te teñiste?

Pampoya se sonroja de buena onda.

- ¡No, mi amiga!- responde risueño y fresco.- Es el agua del Panaholma. También tiñe mi camisa y quita la mala onda- agrega pasando su mano arrugada y mojada por el canoso cabello.

Un silencio pausa el momento. Cruzamos la Tablita. Del otro lado, Pampoya se sienta junto a un mortero y nos dice:

- Les cuento algo raro que hace mucho aquí ha pasado. Un legislador se quiso quedar con el pueblo y por mala onda lo tiramos al río. Como nadar no sabía, casi nunca más legisla. Así lo espantamos al guacho, no sin antes

tirarle un par de piedrazos. Por eso el cartel del Trompa, por eso no queremos el puente colgante, suena rezongón, pero otro ritmo nos trajo el turismo y eso no nos convence. Conocen que este era pueblo tranquilo, pero desde el asfalto mucho se ha perdido. Por eso uso la Tablita y la arreglo y me mojo y cuento esto. Panaholma defendió todo esto y miren como está ahora, yo lo veo y siento como el orto.

Y llorando baja al Panaholma a lavarse la cara y aplacar el enojo y el calorón de pleno enero.

Seguimos la marcha hacia lo de su amigo, en la otra banda del río.

Entramos al caserío y salen un montón de chocos ladrando.

- ¡CHOCOS!- les grita Lucho para calmarlos.

Pampoya abraza a su amigo.

- Dame un pucho, Lucho- le dice.

- Pero no tirés la colilla prendida al piso- le responde Lucho sacando la etiqueta de abajo de su añaña boina.

- ¡Bah! Me vas a decir que yo voy a incendiar todo Panaholma! Esos fuegos son los de los guachos que se quieren quedar con tu campo, que ya te lo quemaron por todos lados para que te vayas.

- No, Pampoya, ya sé que los incendios vienen de ahí. Solo te digo porque es mi casa. No la enchastres, nada más- le dice Lucho agarrado de su bastón, entrando a la galería.

- Tenés razón, Lucho. - Y Pampoya tira el pucho al piso, le echa agua con una latita de picadillo usada, y lo lleva a la

lata vieja de k-otrina que usa de cesto de basura.

- ¿Cómo andan, chicas?- saluda el Lucho a Alegra y Pocha.

- Bien, te extrañábamos y queríamos charlar con vos. La Alegra te quería preguntar algo. ¿Viste que ama a Brochero?

- Sí, acá vivió él. Esta era su casa, mirá... - Y saca de un gancho choricero una foto.

- Sí, don Lucho, yo quería saber ¿esa foto es acá?- pregunta Alegra.

- Sí, m'ija- responde Lucho-, esa de ahí es mi mamá, que murió a los 104 años. Y esas columnas son esas que están rotas ahí. Yo duermo en la pieza donde dormía Brochero- cuenta pausado y agitado el Lucho, mientras fuma un pucho.

- Te vas a morir, Luchito, no fumes- le pide Alegra.

- Má sí, que me lleven las pulgas de una vez- responde Lucho.

- ¿Y lo conociste a Brochero?- le preguntamos, curiosos.

- Noooo... yo nací y él ya había muerto como 20 años antes. Pero esta era su casa...bah, la de los Recalde, los estancieros que se quedaron con todo acá, hasta con la casa de mi mamá porque, como era india, le quemaron todo y la dejaron a ella y a otros niños nomás para que les trabajen como sirvientes. A sus padres los mataron o los mandaron lejos- cuenta don Lucho, llorando con mucha emoción.

- En fin, ahora estamos luchando porque quieren hacer un complejo turístico brochero, acá en mi casa- sigue

contando Lucho, pasando del llanto a la bronca en un instante, y levantando el bastón en gesto de correr a quien venga.

Como para calmar y refrescar el momento, Pampoya cambia de tema.

-Lucho,¿tenés algo fresquito en el pozo?- le pregunta mientras cocina chorizo y morcilla, fritos en grasa con huevos fritos: la tradición diaria de estos amigos que se encuentran a almorzar desde hace 30 años en esa misma galería, de techo de palos y bobedillas, con vigas de tintitaco y algarrobo. La techada está sostenida por tientos de cuero y columnas de ladrillones redondos con cal, barro arenoso del Panaholma y muros de adobe, con piedra y ladrillos rotos que parchan huecos viejos.

Se produce una pausa, porque Lucho no escucha, con su sordera de 80 años más la radio prendida.

Alegra repite:

-¡Dice Pampoya que si tenés algo fresquito en el pozo!

- ¡AY, Pampoya, Pampoya!... Siempre buscando el pucho y el chupi. ¿No venís de lo del Loro recién, tomando vino?- exclama Lucho, haciendo gesto de "traeme a mí también", con el jarro de lata vacío.

Sonríe Pampoya, mientras suma pan picado con la mano a la receta diaria, en la cocina a leña.

- Andá a ver que no se haya caído la piola y roto la damajuana en el pozo de agua- insiste Lucho.

Pampoya nos dice:

- ¡Vengan, vamos a la heladera!

Nos acercamos al lugar y, entre un moradillo enorme,

un piquillín, un tala gigante y un coco que se recupera del último incendio, está la roldana, el pozo con la boca al cielo hecha de piedras planas, cantos rodados del río y ladrillones cocidos.

- Cuidado, no se vayan a caer- nos advierte.

Ya en el pozo:

-Tirá la piola, Joaquín. ¡Ayudalo, Alegra!- da la orden, feliz, Pampoya.

Ambos tiramos y sale una damajuana con vino.

Pampoya la agarra y dice:

-¡Sigán tirando!- y de más abajo trepa las raíces del pozo una botella de agua fresquita.

La Pocha tira otra cuerda y sale una bolsa de arpillera: salame, queso y dulce de batata.

-¡Ah! ¡El postre!- agrega.

Todo fresquito.

Volvemos a la galería. Y sentimos a Lucho que pelea con un tipo que no se deja de rascar y que le dice, a la vez, que le va a sacar el campo para hacer cabañas y un gran hotel.

Lucho lo corre a bastonazos. El tipo tropieza, por rascarse y sacarse las pulgas, y también por esquivar el bastón que le roza las pestañas al mismo tiempo.

- ¿Otra vez ese hijue'puta inmobiliario de Villa Las Rosas?- pregunta Pampoya.

- Ni me hables, ¡suerte que siempre están las pulgas y que tengo el bastón! - contesta Lucho, enojado.

-¡Cierto que es el campo de las pulgas!- recuerda en voz alta la niña Alegra, asustada por lo que pasaba.

- Sí, ¿ya te agarraron? Mirá que cerca del pozo toman agua los caballos y cabras y están todos llenos de pulgas- aclara Lucho, antes de embuchar un bocado de salame con queso.

- No, no me hicieron nada a mí, a mi papá y a mi mamá tampoco. Pero... ¿por qué hay tantas pulgas? -pregunta Alegra

Lucho deja el tenedor en la mesa y cuenta:

- Mi mamá me contó que, cuando echaron al Legislador que tiraron al agua porque se quería quedar con el pueblo, el tipo volvió al tiempo de nuevo. Entonces hicieron una brujería. Llamaron a Panaholma para que cuide el pueblo y, como esta defiende su territorio, trajo una inundación enorme esa misma noche, de tanto que llovió. Varios animales fueron arrastrados por el agua desde el paraje Los Morteritos y, como estaban en corrales llenos de pulgas, los bichos, como pudieron, llegaron vivos con la corriente y se quedaron acá varios días hasta que se secaron. Desde ahí el campo quedó lleno de pulgas. No fue la india en persona, pero su fuerza y protección duran hasta hoy. Solo a la gente que cuida el lugar no la agarran las pulgas. Ese tipo es un sorete chupasangre, por eso las pulgas lo corren. Brochero vivió acá, mi mamá, yo, Pampoya y los buenos amigos que nos visitan, a ellos y a nosotros las pulgas ni nos tocan.

Nos deja en silencio a todos. No nos pica nada, más que el hambre.

Comemos el menú de Pampoya, quien cierra este momento y esta breve historia con su célebre frase:

- Creer o reventar: a estos montes su gente, las pulgas y Panaholma no lo dejan de cuidar.

Y descorcha, para compartir, la gorda damajuana y el agüita fresca serrana.

Frescuras que dan las siestas con historias como estas.



## Despedida desde las sierras

-¡Chau, Pampoya! ¡Nos vemos, Lucho!

La Gladys saluda con un abrazo al Leíto...

Bertilda y Carabajal se abrazan a los Oviedo y los Loza. Recuerdan felices juegos de cuando niños y niñas eran, y andaban chivateando en las sierras, contando historias allá en lo alto de las moreras en sus chozas.

Añejos jotes despiden a los Deones.

Moradillos, piquillines, refugian nuevos amores.

Gentes que en marchas y en Asambleas se abrazan en intendencias y plazas. Celebran victorias judiciales y leyes que el monte cuidan, penalizando y educando a quienes los arrasan.

Crecen resistencias más potentes, emanadas de incendios recientes. Brotes de luchas gigantes, renacen frescos en los cauces.

Aquí hemos encontrado relatos de hechos e historias que en las Sierras nos han abrazado.

¡Salgamos a los caminos y calles, escuchémonos, escuchemos al monte y a quienes lo habitan!

Bertilda cambió de armas y de palabras se ha calzado, por eso nos deja un mensaje más que claro:

“Volvamos a escucharnos, a movilizarnos, en lo colectivo la vida siempre ha retoñado...”

## Índice de relatos serranos

Relatos del luchar serrano.....	3
La carbonera.....	6
Jotes.....	12
Bertilda y Carabajal.....	16
Don Rubio y los Negritos.....	18
Los Inchines no han sido callados.....	20
Pituco, altar de cerros.....	21
Asamblea entre morteros: ojos al cielo.....	23
Molle.....	41
Tala.....	44
Moradillo.....	45
Un tren a la tristeza, un tren a la esperanza.....	46
San Antonio pa' encontrarse.....	48
Sentirse monte en el monte.....	51
Pozo de agua 1.....	54
Pozo de agua 2.....	55
Pozo de agua 3.....	57
Sabotaje Pedemontano.....	58
Sabotaje Serrano.....	61
Sabotaje infantil a la minera violenta.....	64

El altar de la víbora.....	66
Incendio.....	67
Pampoya y el Lucho en el campo de la pulgas.....	69
Despedida desde las sierras.....	77

Sumá otros relatos escribiéndolos aquí y si querés  
compartilo con quien quieras:



Libro libre. Disponible liberado en:  
<https://rdu.unc.edu.ar/> poniendo en el  
buscador el nombre del libro y el autor



REPOSITORIO  
DIGITAL UNC

Accedé libremente a los materiales digitales publicados



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



Con licencia de:



Realizado en Sierras Chicas. Año 2024.  
Impreso en días de luchas en defensa de la  
educación pública, de resistencias contra los  
incendios, de tomas estudiantiles y docentes  
universitarias en defensa de la Universidad  
pública, gratuita, de calidad, de la ciencia y  
otras reivindicaciones colectivas.

Imprimió: 1° Tirada: A.t.e.o. (Astrónomo turco  
ediciones orientadas) [@a.t.e.o](mailto:a.t.e.o)  
([@a.t.e.o.ediciones](mailto:@a.t.e.o.ediciones)) y  
<https://astronomoturco.wordpress.com/> en  
Territorio Chavascate (Agua de Oro).

2° tirada: Imprenta Seis C  
(Universidad Nacional de Córdoba)

ISBN 978-631-00-5845-0



La Carbonera, relatos del luchar desde las Sierras  
Joaquín Ulises Deon Favre.  
Contacto: [joaquin.ulises.deon@unc.edu.ar](mailto:joaquin.ulises.deon@unc.edu.ar)